

EL INCESTO ENTRE EL DECIR Y EL DICHO

El discurso psicoanalítico se distingue del discurso del amo, del de la histeria o del universitario por incidir, mediante el acto del psicoanalista, sobre el lugar desde donde el sujeto habla: su decir.

Quien habla en tanto amo, lo hace desde el lugar del significante-amo para dirigir su vida y la de los otros, asumiendo sus riesgos. Aquel que lo hace desde el discurso universitario esconde su enunciación detrás de la pretendida neutralidad y objetividad del saber establecido por la ciencia. La histeria por su parte se borra para cuestionar el significante-amo y/o para demostrar lo insatisfactorio del saber. En ese sentido, subsume la posición del científico en tanto cuestiona el saber establecido, aunque el saber científico -una vez establecido- acaba elidiendo al sujeto.

A diferencia de esos tres, el discurso psicoanalítico es lábil. Al fin de cuentas, si el psicoanalista ocupa el lugar del deshecho en su praxis, un deshecho no habla, y si toma cierta consistencia cae inevitablemente en el discurso del amo, de la histeria o del universitario.

Se podría pensar que el analista tendría como función revelar mediante sus actos, el decir que corresponde a los dichos de los analizantes, para establecer así que se trata de un decir de amo, histérico o universitario, lo cual, a su vez, permitiría establecer diagnósticos: histeria, obsesión, etc.

Pero el decir no se deja atrapar nunca por un dicho verdadero que diría lo real del decir. Si eso sucediera, implicaría el incesto entre el decir y el dicho, que es lógicamente previo a cualquier figuración imaginaria del mismo (con la madre o con el padre, etc.). La verdad a la que apunta lo simbólico, es medio-dicha: siempre hay algo real que escapa a ella.

Lo que importa es la historia del sujeto y su relato, que estalla cuando una formación de lo inconsciente (lapsus, olvido, acto fallido, o sueño) pone de relieve la diferencia entre es eso

y *no es eso*, tal como Freud describió en su artículo sobre La negación, cuando aquel paciente después de relatar un sueño con tintes incestuosos le atribuye al analista: "Usted pensara que es mi madre...pero no, no es mi madre". Diferencia a partir de la repetición de un trazo unario que se inscribe gracias a una hiancia: *a*, la causa del deseo, que como tal es indecible.

Los dichos siempre apuntan a lo universal, mientras que el decir expresa lo singular del sujeto que tiene que ver con esa causa. El decir existe al dicho, no es del orden de la dimensión de la verdad.

La serie de dichos, la búsqueda de sentido pretende velar que en lo inconsciente no hay rapport sexual: el sexo no tiene sentido. Las relaciones entre hombres y mujeres pueden presentar impasses, pero el auténtico no rapport sexual, se produce entre el sexo y el sentido, o sea, entre el decir y el dicho.

El objeto *a*, tiene dos funciones: por una parte, remite a lo imposible de decir, la causa del deseo, y por la otra, da el material para que se articulen los dichos que tienden a velar ese real: *es eso y no es eso*. Es lo que permite dar a cada parte del cuerpo una función fálica, otorgándole el valor significativo de un nuevo dicho. De ese modo, una parte del cuerpo puede estabilizarse discursivamente. Así, el seno deviene el objeto de deseo de la histeria, las heces el objeto del deseo imposible del amo, y la mirada el objeto no sabido del universitario.

Pero la voz, el objeto *a* que corresponde al discurso analítico es volátil -*verba volant*-. El decir en la cura es un puro corte que impide que el dicho se consolide, haciendo que S1 no pueda estabilizarse en un S2. El discurso analítico interroga la consistencia de los otros discursos, incluidos el matemático, el religioso o el filosófico.

Este incesto fundamental que se produce entre el decir y el dicho tiene su expresión más clara en las psicosis (metonimia y frase interrumpida en la esquizofrenia, certeza paranoica, estagnación melancólica o logorrea maníaca) o en los estados confusionales generados por

el consumo de tóxicos o por acontecimientos traumáticos. En esos casos, el sujeto es hablado por el Otro perdiendo su decir, pero el incesto está presente en todas las estructuras clínicas cada vez que un sujeto deja de hablar en nombre propio, puesto que este hace corte entre el decir y el dicho.

Cuando Ahmed, un niño de 8 años, llegó a mi consulta hace un año y medio, hablaba de tal manera que nadie le entendía nada. Ni sus padres, ni en la escuela, ni los médicos, ni yo mismo al principio. Por lo demás, según los padres, era un tirano en casa. Cuando entró por primera vez repetía: “qué calor, qué calor!” lo que me hizo pensar que su cuerpo era el objeto de goce de la madre. Lo verifiqué en una entrevista con los padres: ella le limpiaba el trasero, lo duchaba, lo vestía, etc. Le dije que dejara de hacerlo y a los dos que no le permitieran actuar como un tirano. En la consulta, como era intrusivo y tocaba todo, le dije que me tenía que pedir permiso. Me hicieron caso, y eso calmó bastante sus alucinaciones persecutorias respecto de las momias, los fantasmas, los zombis, etc. En una sesión, delante de la madre, se puso a matarlos desenfrenadamente mediante una pistola.

Cuando entraba a cada sesión lo llamaba por su nombre y apellido, y él comenzó a llamarme por mi nombre. El padre me dijo que lo había encontrado un día, en un rincón de su habitación repitiendo: “yo soy Ahmed (y el apellido)”. Solía mencionar a las momias, las pirámides, la luna y las montañas. Me dí cuenta de que todo eso remitía a su país de origen en el que había vivido con su madre varios años hasta que el padre los trajo a España donde trabajaba. La luna tenía que ver con la media luna árabe, las momias y las pirámides con su cultura, las montañas con el sitio donde había vivido. Lo hablé con los padres y con él, mostrándole en un mapa donde estaba su país de origen. Poco a poco Ahmed empezó a hablar con sentido: cada vez lo entendía más, y lo mismo sucedía en casa o la escuela. Fue entonces que dibujó un viaje a la luna en el que iba en un cohete junto con sus padres y sus hermanos. La luna venía a representar a la madre, puesto que él la identificaba con algo dulce para comer. De hecho, la madre le prepara pasteles y dulces que a él le encanta comer. Poco después dibujó dos trenes que iban en líneas paralelas: en uno iban sus

padres, y en el otro, él y su hermana. Debajo de cada una de esas personas, en las vías, dibujó cacas. Hacía tiempo que la madre ya no lo limpiaba.

Luego vino todo un tiempo en el que representaba mediante muñecos escenas violentas con sus hermanos o los compañeros de la escuela. Las parejas parentales de los niños miraban esas escenas, pero en su caso, siempre ponía una mamá y dos papás.

Fue entonces que hizo una serie de dibujos en los que se veía por un lado a la tierra y por el otro a la luna y los planetas. La tierra aparecía cada vez más grande, con nubes rosas (afectuosas) y negras (enfados). Ahora, Ahmed ya no estaba dando vueltas por el espacio sino en la tierra. Entonces dibujó dos montañas, una a la que subía con su familia guiado por el padre, y otra, que era la montaña materna.

El padre había entrado a contar: lo llevaba a la montaña y a la mezquita. A tal punto que un tiempo más tarde, representó una escena mediante muñecos, en el que él, junto a sus hermanos disfrutaban persiguiendo al padre para seguir jugando con la madre.

Durante todo este período me preguntaba por mis hijos, por mis padres, y sobre todo por mi madre. Quería saber si había muerto, y si ya no la vería nunca más. En una ocasión, le dije que su madre era joven, que tardaría muchos años en morir, pero que si pensaba en eso, tal vez era porque él estaba dejando de ser el niño de mamá.

Al mismo tiempo, aparecieron temas sexuales, aunque de modo velado. Se tocaba con frecuencia los genitales, y en la escuela les dijo a dos niñas que eran su novia. La madre me comentó que en casa decía que ella era la novia del padre.

Ahmed está cada vez más tranquilo. Su enuresis casi ha remitido. Ahora juega al tres en raya conmigo. Le cuesta, como le cuestan sus estudios, pero quiere ganarme, y en ocasiones lo consigue. Cuando se frustra, dice de manera divertida que es un monstruo que me va a comer.

Me parece claro, que ahora quiere enfrentarse a ese segundo padre que creo haber sido durante este tiempo. Ese que introdujo un corte entre él y la madre y dio lugar al padre. Ese que le marca cuando utiliza un modo “babysh” de hablar, o le corrige cuando invierte las palabras.

Marcelo Edwards

mayo de 2023